

# La unión

José Manuel



Image not found.

# Capítulo 1

## La unión

Como cada día, Alberto se despertó muy temprano para desayunar en el gran comedor. El servicio y los periódicos ya estaban dispuestos sobre la mesa, así que mientras Carla traía los panes recién horneados, la mermelada y el café revisó las primeras planas: los titulares coincidían, lo que demostraba la magnitud del asunto. Estaba tan concentrado que ni se dio cuenta cuando Carla derramó el agua caliente.

—Mira, lo que nos temíamos —le dijo señalando un titular—, se publicó la ley sobre matrimonios.

Carla cogió uno de los periódicos y leyó la lista, luego el artículo que las fundamentaba. Las penas a las uniones ilegales eran terminantes. El Partido, desde que había tomado el poder, endurecía cada vez más la vida. Había empezado con la ley que ordenaba consumir ciertos alimentos en verano con el propósito de almacenar otros que eran muy costosos de producir en invierno; pero con el tiempo las manos protectoras se habían convertido, sin advertirlo, en disimulados cerrojos.

Durante el resto de la mañana, mantuvieron un silencio solidario. Carla se ocupaba de las labores domésticas, mientras Alberto releía los artículos en la biblioteca. Cuando regresó con las compras, lo vio en su escritorio rodeado de libros voluminosos.

En la tarde, luego del almuerzo y de varias copas de vino, Alberto se sintió menos perturbado, con la sensación de que la casa era un territorio inexpugnable.

—Aunque vengan las autoridades, no podrán probar nada.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Lo sé. Tú eres mi sirvienta —dijo con pasmosa calma.

—Para ellos nuestra palabra no bastará. Se guiarán de lo que digan los vecinos.

—No les hemos dado motivo de nada.

—¿Y los años que estamos aquí juntos no son suficiente motivo?

—Te digo, como que soy abogado, que eso no puede aplicarse, mujer —levantó la voz—, meterse en la casa de las personas a indagar con quiénes duermen. Escucha, nadie podrá probarlo —movió las manos con

energía, señalando el término de la conversación.

Carla odiaba su visión definitiva de las cosas. Recogió la mesa y se metió a la cocina. Lloró amargamente por un buen rato. Alberto se recluyó en la biblioteca y hojeó novelas del siglo XIX, que tanto le gustaban. Pasaron horas hasta que Carla, de mejor ánimo, se acercó a la puerta con café y galletas. Los tomaron en la sala mientras conversaban aliviados. A Alberto le agradaba oír su voz tan peculiar pero cálida a la vez, y creyó que la vida marchaba igual, como si las noticias recientes nunca hubieran sido.

Ya de noche, luego de una cena ligera, vieron las noticias y las series, que Carla seguía con ánimo y disciplina. Una vez acostados y apagadas las luces, comentaron sobre los personajes y lo que les sucedería en el próximo capítulo. Se besaron. Alberto buscó hacerle el amor.

—Esto no está bien.

—¡Por Dios! ¿Qué pasa?

—Recuerda que el Partido lo ve todo, Alberto, ¿es que no entiendes?

Alberto se retiró y enmudeció, mirando fijamente el techo, a la nada. Carla contuvo el llanto, quiso hablar pero la voz se le apagó. Salió de la cama, caminó hasta el armario y sacó la maleta, que tenía preparada hace días. Le prometió un regreso impreciso o, si lo prefería, podría buscarla en casa de su hermana. En ese pueblo perdido, afirmó, no los señalarían. Lo besó y salió de la habitación. Alberto quiso cogerla de la mano y decirle que se quedara, que darían la pelea, pero solo oyó sus pasos amortiguados en la escalera y el débil golpe de la puerta al cerrarse. Allí, inmóvil, una dolorosa serenidad lo inundó.